

orden, le dixo estas palabras: Levántate, ilustre Vencedor, dexa este lugar tan indigno á tu presencia: no temas, ven; y de hoy en adelante asociado á los nueve Coros de Angeles, aumenta el número de los dichosos Ciudadanos del Cielo: bastante has dado á conocer tu valor, y tu constancia: demasiados trabajos has padecido: ya es tiempo que una muerte gloriosa ponga fin á tus penas. ¡Oh Soldado invencible, mas valiente que el valor mismo! los mas horribles tormentos tiemblan ahora á tu presencia; y despues que los has vencido no se atreven mas á acometerte.

Jesu-Christo, que veis aquí, y que no se ha desdeñado de ser expectador de vuestro combate, quiere que la eternidad bienaventurada sea el premio; y despues de haberte hecho el honor de darte parte en sus sufrimientos, te quiere hacer el de partir contigo su gloria. Abandona, pues, ese cuerpo mortal: dexa esa morada que amenaza ruina, esa casa de tierra abierta por todas partes, y despréndete de ese importuno peso: ven, y sigue al Señor en su Reyno. Entretanto, aquella luz que la presencia de Jesu-Christo derramaba en este lugar, entra por el postigo, que cierra la entrada, y hiere con su resplandor los ojos del soldado, que le guardaba. Oye este al mismo tiempo una voz harmoniosa, que recrea su oído; y es la del Santo Martir, que canta un himno en alabanza de su libertador. Haciéndose sensible la bóveda del calabozo, repite despues de él las mismas palabras. Trémulo el soldado, se acerca á la

la puerta, busca con ansia una rendija, que pueda dar paso á la curiosidad de sus ojos. ¡Pero qué espectáculo tan maravilloso se presenta á su vista! Vé todas las flores de la primavera, que forman un matiz variado de mil colores, y al admirable Vicente en medio.

Llevan, pues, inmediatamente la noticia de un tan grande milagro al Palacio del Gobernador, brama de rabia, llora de despecho; la cólera, la confusion, y la vergüenza agitan sucesivamente con contorsiones violentas su alma furiosa. Sáquenlo al instante de la prision, comienza á gritar, y que por dulces fomentos, y un buen tratamiento, se procure recobrarle las fuerzas: tómese en fin tanto cuidado de él, que restablecido á su primer estado, dé á mi justo furor materia en que saciarse, exerciendo en él nuevas crueldades.

Por otra parte, habiendo sabido los Fieles lo que pasaba en Palacio, corren en tropas á él. Unos se apresuran por mullir la pluma sobre que se habia acostado S. Vicente por orden de Daciano: otros enjugan sus llagas: estos besan con respeto los surcos que las uñas de hierro han hecho en su carne: aquellos aplican sus labios, y sus lenguas para coger algunas gotas de sangre, que todavía destilan sus heridas; y en fin, no falta quien las recoja en lienzos, para depositarlas despues en sus casas, como que debe ser la salvaguardia, ó carta de seguro, y dexarla á sus herederos, como uno de los mas ricos efectos de su

sucesion. Sabemos tambien , por relaciones ciertas , que este afortunado carcelero , tocado de la vista de tantas maravillas , de que habia sido testigo , se convirtió al punto , y abrazó la Fé de Jesu-Christo.

No obstante , luego que el Santo comenzó á sentir la pluma , y la lana fina de la cama , que el Gobernador le habia hecho preparar , este reposo le sirve de molestia : ya no puede sufrir mas la vida , y suspira por aquella dichosa muerte , que debe acabar de poner en libertad á su alma , y hacerla gozar de la divina presencia. Esta alma , digo , purificada de todas sus manchas en su propia sangre , se consume con el deseo de inmolarse á Jesu-Christo. Cúmplase en fin este ardiente deseo ; y esta grande alma , victoriosa del Tirano , le dexa su cuerpo , y se remonta de un vuelo rápido al seno de la Divinidad , siguiendo las mismas huellas que el inocente Abel imprimió en otro tiempo con su sangre , quando pereciendo por la mano impía de su hermano , fue á buscar al cielo un vengador , y justiciero. Preséntansele á Vicente tropas de Mártires vestidos todos de blanco , y le acompañan puestos en dos órdenes : Juan Bautista está á su frente , porque como él ha perdido la vida en una prision por el interés de las verdades eternas.

Pero entretanto un veneno mortal devora el corazón del furioso Daciano. Este enemigo del nombre de Jesu-Christo , siente sus entrañas conmovidas , y su espíritu agitado por las vanas con-

go-

gojas de una rabia sin fuerzas. ¿ No has visto algunas veces á una vívora , á quien se le han arrancado los dientes , abalanzarse á la mano del que así la ha desarmado , y hacer inútiles esfuerzos por darle bocados , que ya no son mortales ? pues de este modo estaba Daciano , y decia : ¡ Con que en fin se escapó de nuestra venganza ese insolente rebelde ! Su sombra triunfa ahora , pero su victoria no es completa ; todavía está en nuestras manos una parte de este mismo á quien harémos sufrir la pena que merece aquella otra que no está en nuestro poder. Es necesario que las bestias se hartén de esos miserables despojos ; y que el vientre de los perros sirva de sepulcro á un cadaver , que mancharía á la tierra. No quiero que quede ni el menor hueso , que pueda ser en lo venidero á un populacho supersticioso objeto de una necia veneracion. Y así manda al punto , ¡ ó qué profanidad ! que este sagrado cuerpo sea arrojado entre unos juncos marinos. ¡ O delito ! ¡ ó impiedad digna del infierno ! Pero , ó prodigio ! ó providencia adorable ! Salen de este cuerpo rayos de gloria , que infunden terror , ó por mejor decir , que imprimen respeto en el alma de los mas feroces animales. Vense buytres , que aunque acosados de la hambre , no se atreven á llegar á él. Un cuervo , como el mismo que se le dió al Profeta Elías para que le sirviese en el desierto , viene á set guardia de estas preciosas reliquias. Si advierte que alguna ave de rapiña quiere acercarse , la

O 2

apar-

aparta con sus alas , y con su graznido ; y despues volviendo á tomar su puesto , le guarda dia , y noche con una fidelidad permanente. Entonces fue quando saliendo un lobo de una prodigiosa corpulencia de un bosque poco distante de este lugar , y queriendo acometer á este sagrado depósito , esta fiel , y vigilante ave se planta sobre su cabeza , y no cesa de darle picotazos en los ojos , y azotarle con sus alas , hasta que le obligó á huir , y á volver á entrar en la selva. ¿ Dónde están aquellos que hacen alarde de no creer nada ? Díganos , ¿ por qué especie de encanto , desconocido á una bestia , acostumbrada á la carnicería : ¿ qué digo yo ? una bestia que se atreve á medir sus fuerzas con los mas furiosos toros , cede con todo eso á un páxaro , que no se sirve contra ella de mas armas que de sus plumas , y de su pico ? No obstante , es necesario que este animal voráz abandone una presa , que le parecía no se la podía disputar ningun otro: gruñá enhorabuena , y dé grandes ahullidos , que un solo cuervo le detiene , le espanta , y le hace que se ausente.

¿ Qué pensamientos fueron entonces los tuyos , cruel Daciano , quando por una relacion fiel supistes sucesos tan poco comunes ? ¿ A cuántas serpientes no se entregaría con la rabia tu soberbio corazon , quando te viste vencido por un cuerpo privado de vida , quando unos miembros muertos triunfaban de tí , y unos huesos insensibles , é inanimados parecían desafiarte hasta en tu solio?

¡ Pero qué ! ¿ Tantas maravillas no serán capaces de abatir tu ira ? Reconoce á lo menos tu flaqueza . ¿ Es posible que tu terco furor no ha de tener fin ? No , dice él , jamás se verá á Daciano rendirse : y si la ferocidad de los lobos , y de los buytres se amansa á favor de un enemigo de los Dioses ; si los cuervos , renunciando su natural inclinacion á los cadáveres , tan mal han servido á mi zelo ; puede ser que la mar me sea mas favorable , y corresponda mejor á mis deseos ; este descompasivo elemento jamás hizo gracia á nadie , ni nunca se le ha podido saciar de naufragios. Y si las ondas no quieren recibir en su seno ese miserable cadaver , llegue á ser á lo menos el juguete de las olas , y pasto en fin de los peces. O bien siendo llevado al pie de alguna montaña escarpada , no podrá resistir á la violencia de las olas , que estrellándole contra la punta de los escollos , lo harán pedazos ; y esparcidos sus miembros , no tendrán mas sepultura , que el hueco de algun peñasco inaccesible. ¿ Pero quién de vosotros , valientes soldados , será tan atrevido , ó tan obediente á su Comandante ; quién de vosotros tendrá habilidad para conducir una barca en alta mar , manejar el remo , y hacer una maniobra á tiempo , para ir á dar á los peces ese cuerpo , que veis todavía entero entre esos juncos , y que las bestias carniceras han perdonado ? Pero ante todas cosas , es necesario meterle en una cesta de mimbres , y atar á ella una piedra sumamente pesada , para que esta la eche á fondo.

Entonces se ofrece á Daciano uno llamado Eumorfion. Era este un hombre arrestado, brutal hasta el exceso, que no conocia ni peligro, ni honor: y ademas de eso de un natural inhumano, y de tigre. Abraza, pues, con ardor esta oportunidad para satisfacer su bárbaro humor. Toma el cuerpo del Santo Martir, pónelo en una larga cesta de retamas, y entrándose en un esquife, se echa mar afuera. Luego que perdió la tierra de vista, creyó que era tiempo de cumplir con su detestable comision: saca el cuerpo del esquife, y lo precipita en un abismo de aguas. Pero ¡ó poder soberano de un Dios, Autor del Universo! Aquel que consolidó en otro tiempo las líquidas llanuras del mar para los pies de un Apostol, y que muchos siglos antes habia mandado al Mar Rojo abrirse para dexar pasar á pie enjuto los hijos de Israel; este mismo Dios manda hoy dia al mismo elemento apacigue sus olas, y lleve respetuosamente este Santo cuerpo á su orilla. Sométese á las órdenes de su Criador: nada la piedra como un poco de espuma, y la cesta es llevada sobre las aguas como un navio que tiene viento á su favor.

En esto la orilla se llena de Pueblos, que acuden á ella en tropas; quedándose pasmados al ver esta obra de nueva fábrica corriendo ligeramente sobre las aguas, y llevando consigo á la rastra un pedazo de marmol sin sumergirse; y que el viento, y la marea lo echan allí á porfia. Parten veinte chalupas del puerto á voga

levantada, dexando blanco el mar con sus remos: esfuérganse por alcanzar á este milagro que nada; pero en vano se cansan, porque huye delante de las mas ligeras barcas con una inexplicable presteza: toca en fin en tierra, y dexa muy detrás de sí la pequeña flota de estos piadosos marineros.

Dichosa la tierra que recibió este ilustre Martir: feliz la playa que le sirvió de puerto: afortunada la arena que le cubrió, y dió sepulcro. Entonces se acercaron los Fieles, y con un religioso respeto arrojaron muchos puñados de flores, que regaron con sus lágrimas, y lo adornaron segun lo permitió el tiempo presente, y la triste cautividad en que gemía la Iglesia. Pero no permaneció mucho tiempo en un estado tan poco decente; porque habiendo sido vencidos poco tiempo despues los enemigos de Jesu-Christo (1), y dada la paz á sus siervos, se erigió sobre este rústico sepulcro un Altar, baxo del qual se pusieron á reposar los sagrados huesos de nuestro Santo Diácono Valenciano Vicente. (2) De cuyo

O 4

mo-

(1) Por Constantino el Grande.

(2) Ni Zaragoza, ni otra de quantas Ciudades pretenden ser patria de S. Vicente Martir, puede alegar á su favor una tradicion tan universal, inmemorial, y pacífica, como la de Huesca en Aragon. Hallándose en el Concilio de Trento Pedro Agustin, Obispo de dicha Ciudad, noticioso de que se habia publicado cierto libro, en que se pretendia probar, que S. Vicente Martir era natural de Zaragoza: propuso á aquellos Padres venerables el agravio que se hacía á la de Huesca, usurpándole la gloria que le daba la tradicion pacífica en que estaba, y las sólidas razones en que se fundaba; y despues de haber precedido un diligentísimo exámen de los Breviarios an-

modo quiso Dios partir su Trono (1) con él sobre la tierra, como lo habia partido ya en el Cielo.

Gran Santo, en tus manos ponemos nuestros votos, para que los ofrezcais á nuestro Padre Ce-

lestial: sed para con él nuestro intercesor zeloso, eficaz, y que nada pueda negar. Defendednos en el Tribunal del Soberano Juez: protegednos para con este gran Rey: obtenednos el perdon de nuestros pecados, y miserias: Suplicamooslo, gran Santo, por vuestra prision, por ese teatro de vuestra gloria: por vuestras cadenas, que jamás pudieron sujetar vuestra alma: por las llamas, que no os abrasaron sino para purificaros: por las uñas de hierro, que escribieron en vuestro cuerpo con letras de sangre vuestras victorias: por esos pedazos de cascotes, que fueron convertidos en flores: por esa dolorosa cama, que los Fieles besan hoy dia con un respetuoso temor. Pedid, instad, hacednos propicio á Jesu-Christo. Si celebramos este solemne dia de vuestro triunfo con un corazon puro, y sensible á vuestra gloria: si nuestras voces explican vuestras virtudes, y cantan vuestras alabanzas: si nos postramos con alegría ante vuestras santas reliquias: si todas estas señales de un culto religioso tienen algo que os agrade, dadnoslo á conocer, alcanzándonos las gracias del Salvador: solicitadlas para nosotros, no temais haceros importuno en nuestro favor; y volved á estos lugares, que fueron en otro tiempo testigos de vuestras victorias, y que lo son hoy dia de los honores que os damos: volved, digo, vos mismo cargado de bendiciones del Cielo, á distribuir las á los que os invocan. Ojalá que así aparezca bien presto el dia del Señor, para que re-

(1) *Altare sedes Dei.*

unien-

uniéndose vuestra hermosa alma á vuestro cuerpo, este no sea por más tiempo privado de la felicidad que mereció, sirviéndola de auxilio en los combates que ha sostenido; y que habiendo padecido los mismos trabajos, reciba con ella la misma recompensa.

ACTAS
DE S. SATURNINO,
S. DATIVO,
Y OTROS MUCHOS SANTOS MÁRTIRES
DE AFRICA. (1)

Sacadas de las ediciones de M. Balucio, y de Bolando, cotejadas con cinco Manuscritos; á saber: de S. Cornelio de Compiègne: de S. Benito sobre el Loira: de la Abadía de los Prados: de los Celestinos de París; y de los de Fevillans de la misma Ciudad.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

Aquí comienzan las Actas de los Santos Mártires Saturnino, Presbytero, Felix, Dativo, Ampelio, y otros, que se nombrarán mas abaxo, los quales derramaron su sangre en ver-

(1) El día 12 de Febrero.

versos tiempos, y en diferentes lugares, por haber confesado la Divinidad de Jesu-Christo, y por no haber querido entregar á los Infieles las santas Escrituras, siendo por entonces Anulino Proconsul del Africa.

En el Imperio de Diocleciano, y de Maximiano hizo el demonio la guerra á los Christianos de un modo enteramente nuevo. Sugirióles á los que gobernaban el pensamiento de destruir del todo el culto del verdadero Dios; y los medios que les inspiró, y que á él le parecian infalibles, fueron hacerse apoderar, y quemar todos los libros de uno, y otro Testamento, demoler las Iglesias, y prohibir las asambleas de los Fieles. El Ejército del Señor se horrorizó de estos sacrílegos designios, y resolvió el no obedecer jamás á unos órdenes tan injustos, y tan llenos de impiedad. Armanse, pues, contra los Christianos: prepáranse á combatir, no contra hombres, sino contra los demonios. Y aunque hubo algunos que fueron tan infelices, ó tan cobardes, que pusieron los santos libros en manos tan profanas, hubo incomparablemente muchos mas, que por librarlos del furor de los Idólatras, se expusieron ellos mismos á él, y conservaron este sagrado depósito á costa de su vida. Hubo tambien un grandísimo número de estos, que animados de aquel fuego, que hace amar todo lo que pertenece á Dios, despreciaron al diablo, y sus ministros; y cargados de palmas teñidas en su sangre, firmaron con esta misma la condenacion de